

## El despertar de Eva

Rosa Vázquez del Mercado\*

*“Si tus hijas no te escuchan,  
si tus amigos y parientes no creen lo que les cuentas,  
guarda de sus manos los libros de Eva.  
En cuanto puedas, haz una copia de ellos  
y entrégala a quien tengas la certeza puede ser su leal guardiana.  
Al copiarlos, recuerda que debes cambiarlos a tu lengua y tu modo de decir.  
Nunca dejarás que la voz de Eva quede escondida en el pasado”.*

Carmen Boullosa

**H**ola, soy Eva. No tengo pasado, no tengo madre, no tuve infancia.

Se dice que fui la primera mujer en la Tierra, que tuve un compañero llamado Adán que fue formado de barro por el Creador y que al sexto día un trueno le arrancó un pedazo de costado cuando dormía y que de su costilla yo fui creada, como una segundilla.

Que viví en el Edén y podía comer de todos los árboles del huerto excepto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Que fui engañada por una serpiente, que respondí a su llamado a probar el delicioso fruto prohibido, y que incité a Adán a comerlo también.

---

\*Participante en diversos programas de creación literaria. Sus cuentos se han publicado en diversas antologías impresas y digitales, uno de ellos, “Apaga tu fuego y ponte alerta” es uno de los treinta cuentos ganadores del concurso internacional “Las hojas de Rosa” y forma parte de la antología Labios rojos, chocolate y una rosa con prólogo de Rosa Montero (Ediciones de Educación y Cultura, México 2020).

E-mail: [rosivazquezdelmercado@hotmail.com](mailto:rosivazquezdelmercado@hotmail.com)



Todo empezó con la mordida que di a la manzana. Acerqué mis manos al fruto y toqué su textura. Su piel despertó el placer en mi propia piel; con un tirón la arranqué de la rama, la llevé a mis labios y la mordí. Su sabor despertó mis sentidos: tacto, gusto, oído, olfato, vista y hasta la conciencia. Entonces, todo cambió.

Que convidé a Adán, que acerqué la manzana a su boca y en ese instante nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Que algo vibró, estábamos cargados de una vida desconocida. Que Adán tomó la manzana, la sintió, la mordió y al mismo tiempo entrelazó los dedos de su mano con los míos. Sentí su piel en mi piel y descubrimos la acción, el deseo, la intuición, el goce. Tuvimos conciencia de estar desnudos, sentimos frío y deseos de vestirnos. Que nuestras lenguas empezaron a moverse inquietas, nuestros labios temblaron, nuestra piel se erizó, nuestros cerebros enviaron señales y nuestras manos se tornaron cálidas y sensibles. Algo nos hacía falta, nació así la palabra y la memoria. Desde entonces, se me culpa del dolor, del placer y de la imperfecta condición humana.

Como consecuencia, Dios me condenó y sentenció: ¡Desobedeciste! Como castigo, saldrás del jardín del Edén, aumentaré tus dolores cuando tengas hijos, con dolor los darás a luz y tu marido tendrá autoridad sobre ti.

El dedo acusador nos expulsó, la tierra caminó su ruta alrededor del sol y el Edén quedó en el pasado.

Nunca entendí por qué se dice que Dios creó el árbol de la ciencia del bien y del mal y lo colocó justo en medio del jardín del Edén. ¿Qué necesidad tenía de plantar un árbol con frutos del mal y someterme a tal tentación? Él solo quería que Adán y yo fuéramos felices. Dios no quería que yo pecara y trajera la maldad, el sufrimiento y la muerte. No, Él no quería que esto sucediera, sin ese árbol y su advertencia divina, la historia sería otra...

Ante este dilema, yo, Eva, insisto en que esta historia me suena a una obtusa retorcida mentira sin pies ni cabeza y por eso me cuestiono: ¿Fue Dios el responsable de esta prohibición? Él no puede mentir, no puede faltar a su propia palabra, no puede prometer y no cumplir.

Pues sea como fuere, las religiones construyeron así el mito y las sociedades lo aceptaron como forma de control; descubrieron que el conocimiento da poder sobre otros y no quisieron compartirlo. Sustentaron este mito que ha prevalecido a través de los siglos a razón de la conservación de la familia y la maternidad. Crearon estereotipos sobre la sexualidad femenina, convirtiéndola en mercancía y luego, para tapanle un ojo al macho, dedicaron interminables listas de insólitas excusas, unas sutiles, otras sofisticadas, con la intención de liberarse de cualquier responsabilidad moral.

¿Fue entonces el hombre quien creó este mito para mantenerme obediente y sumisa al cuidado de la familia? “Ella cuida de las necesidades físicas y vitales de él y sus hijos, su principal virtud es estar callada, su finalidad reproducirse y cuidar a su marido”. El acceso al conocimiento científico me fue negado valiéndose de la hipótesis que fui la culpable del pecado original. ¿Fue el hombre quien



reprimió en mí el derecho al conocimiento de las ciencias? ¿El que evitó mi acceso a las matemáticas, la medicina, la física, la química, la biología y la filosofía? Esta fue su forma de mantenerme invisible. Lo que no pudo evitar fue mi mente observadora y reflexiva.

La vida indigna no me gustó, la ira y el hartazgo llegaron como un motor y pues manos a la obra. Supe que llegaba el momento de despertar, desafiar y enfrentar la lucha contra el sistema represor. Cientos de mujeres se unieron levantando la voz. Mujeres valientes, de una sola pieza, mujeres que no se rompen, mujeres que no se quiebran, mujeres de hierro, mujeres fuertes que luchamos solidarias contra este sistema de pocos valores, exigiendo derecho a la educación, a la formación, al trabajo, a recibir salario, derechos en el matrimonio, fin a los malos tratos. Luchamos a favor del divorcio, la unión libre, el derecho a elegir la maternidad, a tener voz política, derecho al voto, a estudios superiores.

Era de esperarse, los hombres reaccionaron de manera brutal, de ahí que el avance ha ido lento, aún no podemos hablar de igualdad y libertad. Sin embargo, indiscutiblemente, algo hemos logrado y aún nos queda tiempo para soñar. Hoy, con franco orgullo, veo Evas por todas partes, en todas las áreas, en las ciencias y en las artes. Evas exitosas, generosas, en busca de nuevas formas de vivir y crear para disfrutar la vida y no solo vivirla.

Obviamente yo, Eva, la protagonista de entonces, ya no soy la misma, ya no callo por costumbre de sumisión. Hoy, si de algo sirve, quiero enfáticamente manifestar que, como alguna vez le dije a Eduardo Galeano, no nací de ninguna costilla, que no conocí el Edén ni a ninguna serpiente que me ofreciera una manzana, que Dios nunca me dijo que pariría con dolor y que mi marido me dominaría. Todas esas historias son puras mentiras que Adán contó a la prensa.

